

El canto de los seguidores

por Chandramukhi Campanella

Cuando el Áshram Shri Muktananda nació en 1979, apenas si había pasto, árboles, arbustos o flores en los terrenos que rodeaban el edificio Anúgraha. No obstante, con el paso de los años muchas personas que visitaban el Áshram ofrecieron *seva* diseñando los jardines de toda el área. Como he escuchado a Gurumayi decir muchas veces, es debido a su labor de amor que una belleza natural y exquisita puede encontrarse por todos lados. A su vez, muchas aves — tanto migrantes como residentes durante todo el año — han venido a encontrar refugio en los terrenos del Áshram.

En una mañana brillante y soleada del verano de 2011, Gurumayi estaba en el jardín afuera del espacio donde da *darshan*. Yo estaba presente, y conversábamos sobre algo. En todo el jardín —y, de hecho, en todo el frente de Anúgraha— las personas que ofrecían *seva* en los jardines habían colocado canastas colgantes llenas de las flores más preciosas. Fue a solicitud de Gurumayi que estas canastas de flores se colocaran afuera; Gurumayi había descubierto que a los petirrojos les gusta construir nidos y nutrir a sus criaturas en ellas.

Gurumayi caminó hacia una de estas canastas, donde se abrían flores de color fucsia. Tenía una ubicación privilegiada en el jardín, colocada justo afuera de las grandes ventanas de piso a techo del espacio de *darshan* de Gurumayi. Gurumayi alzó la mano hacia una de las flores, cuyo tallo se estaba ondulando sobre el borde de la canasta. Dejó que sus delicados pétalos reposaran por un momento en su palma.

—Muy bella —dijo con suavidad.

Justo entonces, hubo un batir de alas. Un petirrojo se había posado en la canasta, seguido de cerca por otro, ligeramente más grande. Sus picos estaban llenos de

ramas y grumos de barro, que rápidamente colocaron entre el tejido de flores. Los petirrojos eran pareja, así lo parecía, y estaban construyendo su nido. Gurumayi sonrió. Los petirrojos habían encontrado su hogar.

—Me pregunto cuándo pondrá sus huevos la madre petirrojo” —escuché a Gurumayi susurrar para sí misma.

Unos días más tarde, Gurumayi volvió a visitar el nido. Los padres no estaban; debieron haber ido a buscar comida. Gurumayi se asomó a la canasta.

Ahí, colocados en el centro del ya terminado nido, había tres pequeños huevos. Eran de color azul turquesa y —como Gurumayi compartió después conmigo— absolutamente *hermosos*.

Después, Gurumayi visitó cada día el nido de los petirrojos para observar a los pájaros y sus huevos. Como era un verano muy caluroso, Ella también se aseguraba de que hubiera suficiente agua en el bebedero para aves cercano, para que los pájaros pudieran saciar su sed. Con el tiempo, pequeñas grietas empezaron a aparecer en los costados de los huevos, luego empezaron a sacudirse un poco y, finalmente, eclosionaron.

En este tiempo en que los bebés estaban naciendo, y luego cuando los polluelos estaban teniendo sus alas, algo curioso ocurrió. Los padres petirrojos llegaron a conocer bien a Gurumayi, *realmente* bien. Parecían estar totalmente cómodos cerca de Gurumayi. Algunas veces, cuando la madre petirrojo sentía que Gurumayi deseaba ver a los bebés, salía del nido y se posaba en una rama cercana para que Gurumayi pudieran tener una buena vista de ellos. Cuando Gurumayi se daba vuelta para irse, veía, por el rabillo del ojo, que la madre regresaba a su nido.

Pronto, muchos de los miembros del staff que habíamos escuchado sobre los petirrojos y sus interacciones con Gurumayi, también empezamos a notar el inusual comportamiento de la madre petirrojo. Empezó a seguir a Gurumayi

mientras caminaba por diferentes partes del Áshram, incluso a través de largas distancias. O si Gurumayi hablaba con algunas personas afuera, la petirrojo encontraba la mejor rama en el mejor árbol, y luego avanzaba por esa rama para tener la mejor vista de Gurumayi. Y si Gurumayi estaba dando *darshan* dentro, la petirrojo se sentaba en su percha en la planta colgante y, cuando era necesario, ahuyentaba cualquier ave que obstruyera su línea visual.

Recuerdo una tarde. Yo me encontraba ocupada en algunas tareas de *seva* en otro extremo del edificio. De repente, escuché un gorjeo. Era fuerte, su trino de notas brillantes atravesaba el aire. El sonido también era *persistente*; esta ave estaba claramente en algún tipo de misión. Transcurrió un minuto; dos minutos; tres, cinco, siete minutos, y el gorjeo continuaba.

Traté de pensar en qué tipo de ave cantarían así. Entonces recordé a la madre petirrojo. *¿Será ella?*, me pregunté. *Ella nunca hace ni pío cuando paso cerca de ella. Solo la he escuchado cantar cuando Gurumayi está cerca.*

De inmediato pensé: *Espera, ¿significa esto que Gurumayi está cerca? No lo creo; no he visto que Gurumayi ande por ahí a esta hora del día.*

Pero yo *tenía* que saber qué ocurría. Así que salí y seguí el canto del ave. Seguí caminando, acercándome más al origen del sonido hasta que, finalmente — como era de esperar— vi ondear los ropajes color naranja. Sentí el cambio de las moléculas de la atmósfera, reorganizarse a sí mismas, crear una nueva y mejor armonía. Ahí estaba Gurumayi. Y ahí estaba la petirrojo anunciando la presencia de Gurumayi.

Podía sentir mis ojos iluminarse cuando embebí la escena. Mi corazón se sintió muy alegre y yo, ¡no podía contener mi emoción! Antes de darme cuenta, había alzado mis brazos en el aire y hacía un pequeño baile. “¡Está cantando para ti, Gurumayi!”, exclamé. “Solo para ti. Créeme, ¡es solo para ti!”.

La petirrojo continuó siguiendo a Gurumayi durante todo el verano y, con cada mes que pasaba, su anhelo de estar con Gurumayi parecía fortalecerse. Su voz al cantar se hizo más fuerte y más dulce, y seguía a Gurumayi incluso con más frecuencia. A veces el padre petirrojo la acompañaba, pero generalmente él permanecía en el nido, atendiendo a los bebés mientras la madre petirrojo iba a *darshan* y obtenía bendiciones para toda la familia.

Al final del verano, a medida que el clima se enfriaba, la familia de petirrojos dejó los terrenos del Áshram en busca de climas más cálidos. En esos primeros días posteriores a la partida de los petirrojos, su ausencia era notoria. Recuerdo haber pensado: *¿Regresarán la petirrojo y su familia?*

Pasó un año y llegamos a junio de 2012. El verano llegó una vez más. Consistentemente, los días eran soleados de nuevo. Las plantas colgantes afuera del espacio de *darshan* de Gurumayi florecían. Y pronto, un par de aves de aspecto familiar empezó a aparecer en estas plantas y a su alrededor. ¡Los petirrojos habían regresado!

¿Cómo sabíamos que eran los mismos petirrojos que habían venido el año anterior? Créanme cuando digo: era *evidente*. Tan pronto como vio a Gurumayi, la madre petirrojo empezó a cantarle. Seguía a Gurumayi a todos lados, la acompañaba en sus caminatas hasta el final e, incluso entonces, se posaba cerca de la puerta, como si quisiera tener el gusto de dar la bienvenida a Gurumayi al interior. También empezó a hacer ofrendas, abriendo su boca en ocasiones para dejar caer una lombriz frente a Gurumayi.

¿Sería posible, me preguntaba, que un año de ausencia hubiera hecho que el corazón de la petirrojo sintiera más cariño por Gurumayi? Ciertamente lo parecía.

En algún momento del verano, Gurumayi dijo: “Es tiempo de darle nombres a estos petirrojos que me han demostrado tanto amor”.

Gurumayi miró con ternura a la madre petirrojo, que volaba cerca. —Tú serás Mamaroo, —dijo. Luego volvió la misma mirada afectuosa hacia el padre, que estaba en su puesto en el nido. —Y tú serás Paparoo.

Yo estaba tan conmovida por escuchar a Gurumayi dar un nombre a estas aves. Los petirrojos verdaderamente se habían vuelto parte de la vida del Áshram, y me sentía agradecida de que ahora pudiéramos llamarles con estas expresiones de cariño, especialmente porque ¡siempre estábamos hablando de ellos! Por ejemplo, en una ocasión, Gurumayi hablaba con un grupo de nosotros sobre cómo Dios viene en muchas formas y da mensajes en diferentes maneras. Inmediatamente, alguien dijo: “¡Una forma de Dios es Mamaroo!”.

Cuando Mamaroo, Paparoo y su familia se fueron al final de ese verano, yo pensé que de *seguro* esa era la última vez que veríamos a esos petirrojos. Ya era extraordinario que los hubiéramos visto en los terrenos del Áshram durante una segunda estación.

Y durante un tiempo no los volvimos a ver. Pero luego, en mayo de 2019, alrededor de ocho años después de la primera llegada de Mamaroo y Paparoo a los terrenos del Áshram, Gurumayi observó que un nido de pájaro había aparecido en un abeto no muy lejano de las plantas colgantes. Estaba situado de manera extraña, a solo unos centímetros de una serie de ventanas por donde Gurumayi a menudo pasaba.

Poco después, cuando Gurumayi caminaba afuera, alguien —algo bajó en picada, en una oleada de plumas, para saludarla. Era... ¡un petirrojo! De inmediato, este petirrojo empezó a seguir a Gurumayi y a cantarle. Al reconocer este comportamiento, Gurumayi dijo: “Ella debe pertenecer al linaje de Mamaroo y Paparoo, otra generación”.

Gurumayi me ha contado que cada año, al inicio de la primavera, cuando ve la llegada de los primeros petirrojos al Áshram Shri Muktananda, invariablemente le recuerdan a Mamaroo y Paparoo. En específico, ella también se mantiene

alerta para cualquier señal de uno de los sucesores de Mamaroo. Y sin falta, ellos vienen. Gurumayi sabe que han llegado cuando ve un nido de petirrojo en algún lugar altamente visible, o cuando escucha su dulce canto *muy* cerca.

Gurumayi ha dicho: “Todas las aves y animales que visitan el Áshram conocen a la gente del Áshram. Cuando llega su momento de migrar, se van, pero siempre regresan para ver de nuevo a su gente”.

